



## Una extraña maternidad: Madame Francinet en “Los buenos servicios”

Cynthia Schmidt-Cruz  
(University of Delaware)



n “Los buenos servicios” encontramos una de las más sugestivas y extrañas representaciones de la maternidad en la obra de Julio Cortázar. Madame Francinet, una modesta sirvienta, obligada por su condición social a vivir en la soledad y el anonimato, es convertida por el capricho de una familia burguesa en la protagonista de una rara circunstancia. Monsieur Rosay le pide fingir ser la madre de Octave Linard, alias Bébé, un hombre gay, guapo, y de buena posición, conocido de los Rosay, que ha encontrado una muerte inesperada. En ese contexto de ejercicio de una maternidad ficticia, madame Francinet, la anodina y marginada sirvienta, se siente ascendida de rango social al liberarse momentáneamente de la que parece haber sido una de sus mayores frustraciones vitales: el sentirse menospreciada y humillada.

Este cuento algo enigmático de Cortázar ha recibido escasa atención de la crítica, en contraste con la abundancia de estudios sobre algunos de los cuentos más leídos del mencionado autor. Según mi recolección solo dos artículos se han dedicado al mismo; ambos abordan un análisis profundo de la ingenua perspectiva de madame Francinet con respecto a su entorno, pero apenas si se menciona su papel como madre<sup>1</sup>. El objetivo de este artículo es examinar la maternidad tardía y fugaz de madame Francinet, con el fin de situarla en el lugar que le corresponde en la extensa colección de madres venerables que pueblan los cuentos cortos de Cortázar. En particular, voy a centrarme en analizar el significado del hecho de que madame Francinet llegue a ser madre de un hijo *muerto*; razón por la que podemos colocarla en el subgrupo de madres o figuras maternas confrontadas con la muerte de

un hijo amado, motivo de varios cuentos publicados por Cortázar en las colecciones de 1959 y 1966, *Las armas secretas* y *Todos los fuegos el fuego*.

A pesar de la notoria obsesión de Cortázar con la figura materna, pocos críticos han examinado su fijación maternal. Entre los primeros figura Ana Hernández del Castillo, cuyo estudio de los personajes femeninos de Cortázar en 1981, se centra en la figura de la "Madre terrible". El estudio de René Prieto "Cortázar's Closet", publicado en 1998, constituye un paso decisivo en los estudios críticos sobre Cortázar en la medida en que el mencionado investigador sitúa la fuente de sus obsesiones en el trauma del nacimiento. En su análisis de los cuentos "No se culpe a nadie", "Cuello de gatito negro", y "La noche boca arriba", Prieto analiza símbolos, tales como el uso de las manos, desórdenes respiratorios, claustrofobia, temor a la oscuridad y túneles, que obsesionaron a Cortázar. En el idioma codificado de las fobias de Cortázar, Prieto percibe el anhelo por el cuerpo maternal y la ansiedad por la separación del mismo. En un estudio posterior titulado *Body of Writing*, Prieto examina el retrato de varias figuras maternas en los cuentos de Cortázar, enfatizando su naturaleza perversa, avasallante y vengativa. Mi trabajo, *Mothers, Lovers, and Others* (2004), que estudia los personajes femeninos en los cuentos de Cortázar, también examina el conflictivo deseo por el seno materno, identificándolo como fuente de la concepción de la femineidad de Cortázar, especialmente las conflictivas relaciones amorosas frecuentemente encontradas en su obra. Al mismo tiempo, mi trabajo procura ir más allá del estereotipo de la "Madre Terrible" examinando la dinámica social y psicológica que entra en juego, configurando por igual, el pensamiento de la madre y el del hijo.

Al explorar los setenta y nueve cuentos que Cortázar publicó a lo largo de su vida, desde *Bestiario*, su primera colección, hasta *Deshoras*, publicado justo antes de su muerte en 1984, cerca de la cuarta parte incluye una madre o una figura materna. Muchos otros cuentos tratan de fobias y relaciones amorosas fallidas, cuya fuente puede rastrearse hasta su obsesión maternal. Las madres más poderosas y memorables pueden encontrarse en los cuentos "Cartas de mamá" y "La salud de los enfermos". Hay una atracción sexual hacia una figura materna en "Bestiario", "Las babas del diablo", "La señorita Cora", "Historias que me cuento" y "Deshoras", y hacia la madre verdadera en "Ud. se tendió a tu lado". Cuentos en los que mujeres jóvenes representan el papel de niñeras incluyen "Silvia" y "Tango de vuelta". La maternidad frustrada se sugiere en "La puerta condenada", "Verano" y "Vientos alisios". Varios cuentos tratan de juegos de niños y de la entrada en la madurez, e incluyen la interacción con una figura materna o una madre que puede facilitar o entorpecer el desarrollo emocional normal del hijo, por ejemplo "Bestiario", "Los venenos", "Después del almuerzo", "Final del juego", "En nombre de Bobby" y "Deshoras." La madre es un factor central en la conflictiva lealtad del protagonista hacia Argentina y Francia en "El otro cielo" y "Cartas de mamá". Varias figuras maternas juegan un papel clave en "Recortes de prensa", lo que expresa el sentido de



UNA EXTRAÑA MATERNIDAD:  
MADAME FRANCINET EN LOS "LOS BUENOS SERVICIOS"

frustración y ofuscación de Cortázar como exiliado en Francia durante el "Guerra Sucia" en Argentina.<sup>2</sup>

De todos los cuentos que tratan de madres o posibles madres, "Los buenos servicios" incluye sin duda la representación más extraordinaria, inesperada y poco convencional de la maternidad: madame Francinet, una humilde viuda, aparentemente sin hijos, llega a ser de repente madre en su vejez cuando ella es empleada por una familia rica para fingir que es la madre de un hombre muerto durante su velorio y entierro. Sin embargo, después de un examen más minucioso, pueden identificarse paralelismos entre este retrato de la maternidad con otros cuentos de Cortázar. Por ejemplo madame Francinet llega a ser una madre sustituta, semejante a las niñeras en "Silvia" y "Tango de vuelta", y las figuras maternas en "Deshoras" y "La señorita Cora". El hecho de que no tenga hijos une a madame Francinet al grupo de personajes femeninos en "La puerta condenada", "Verano" y "Vientos alisios". Y ciertamente el paralelismo más sorprendente es el lugar que ocupa este cuento en la mini-constelación de cuentos de Cortázar que tratan de la madre de un hijo muerto: "Cartas de mamá", "La salud de los enfermos" y "La señorita Cora".

Es digno de mención que las más poderosas y dramáticas representaciones de la maternidad en Cortázar tienen que ver con la muerte del hijo: en "La salud de los enfermos" y "Cartas de mamá" el poder de la madre se pone en marcha a través de la muerte de su hijo, mientras que la inminente muerte de Pablo en "La señorita Cora" le otorga ascendente sobre la provocativa figura de la enfermera-madre. ¿Cómo podemos interpretar esta conexión entre la muerte y el ejercicio del poder? "Las representaciones de la muerte", según Bronfen y Goodwin, "necesariamente conllevan preguntas acerca del poder: su origen, su autenticidad, sus fuentes, y cómo se transmite" (4-5). La muerte es un poder independiente en sí mismo, "pero otras formas de poder dependen de la muerte para ponerse en evidencia e imponerse", y "el cadáver representa sobre todo, el lugar de convergencia de un sinnúmero de fantasías, a menudo complejas y contradictorias" (Bronfen y Goodwin 5, 17).

En cada cuento, el poder de la muerte funciona de manera notablemente diferente. La madre fuerte y abnegada en "La salud de los enfermos" guarda en secreto su eventual descubrimiento de la muerte de Alejandro, temiendo que su familia no pueda soportar verla penar por la muerte de su hijo menor y favorito. Aunque la familia se escuda en la fragilidad de mamá para justificar su intriga al fingir que Alejandro todavía está vivo, irónicamente, al final la farsa revela la debilidad de la familia y muestra la fuerza emocional de mamá que le permitió soportar sola la tragedia. En "Cartas de mamá", mamá manipula la muerte de Nico para vengarse de Luis, su hijo sobreviviente, a quien ella culpa por la traición de Nico y el haberla abandonado. Finalmente, en "La señorita Cora", considerado por algunos críticos como el cuento más erótico de Cortázar, Pablo se deleita en el hecho de que su muerte será su venganza contra Cora,



la joven y coqueta enfermera que lo ha traicionado y humillado.<sup>3</sup> ¿Y qué decir de Bébé y madame Francinet, la vieja sirvienta que representa a una madre en un velorio porque una familia burguesa decide que el difunto necesita una madre que se aflija por su muerte? ¿Qué fantasías convergen en el cadáver del hombre gay y su falsa madre? ¿Cómo completa este cuento el retrato de la obsesión de Cortázar por las madres y su peculiar etapa de representar a madres de hijos muertos?

“Los buenos servicios” está escrito en primera persona desde la perspectiva de madame Francinet. Su punto de vista ingenuo, sencillo y desprovisto de toda curiosidad le da una tonalidad particular al recuento que hace de cada incidente, forzando al lector a leer entre líneas e introyectar lo que pasa realmente, en particular, las verdaderas intenciones de las personas. Borello, en su análisis de los motivos de los personajes, especifica que las limitaciones que mediatizan la visión del mundo de madame Francinet nacen de su incultura, su nivel social, su edad, su falta de imaginación, y su carencia de curiosidad (42).

El retrato que madame Francinet proporciona de sí misma demuestra cuán consciente es de su baja posición social y de su denigrante estado ante los ojos de los demás, pero al mismo tiempo, parece retener un sentido innato de su valor y su dignidad. Madame Francinet se presenta a sí misma en un monólogo prolongado en el que se centra en los efectos de su pobre salud, especialmente los temblores de sus manos, sobre su capacidad de realizar tareas rutinarias. Ella nos dice (dos veces) que su patrona, madame Beauchamp, se enoja porque trabajos tales como tender la cama ahora le toman más tiempo, debido a esas manos temblorosas. En su libre asociación de pensamientos, cuando recuerda las órdenes de su médico joven y paternalista que le aconseja dejar de beber vino, le vienen a su memoria los recuerdos de aquella noche de fiesta cuando “el pobre monsieur Bébé” le hizo beber un vaso de whisky en la cocina de los Rosay. Consciente de que Bébé jamás se reunirá nuevamente con ella en la cocina, emprende una descripción detallada de las dos veces que trabajó para la familia Rosay, ocasiones en las que se relacionó con él.

El episodio de madame Francinet en la fiesta de los Rosay, caracterizado por su denigración repetida, es contrastado a los pocos minutos con la atención y el cariño que Bébé le demuestra. Cuando madame Rosay pasa por la casa de la criada para contratar sus servicios, lo primero que el lector evidencia es un sentimiento de inferioridad de madame Francinet que contrasta con su orgullo personal. Madame Francinet dice que vive en una habitación sencilla, y comenta “Yo no me sentía impresionada por madame Rosay aunque me hubiera gustado estar mejor vestida” (195)<sup>4</sup>, refiriéndose a la falda que había recibido de una obra caritativa. El hecho de que ella necesite indicar que no estaba impresionada por madame Rosay implica todo lo contrario: que es dolorosamente consciente de su ropa usada, pero que se esfuerza por mantener su sentido de la dignidad. La reflexión de madame Francinet tras la partida de madame Rosay señala su negativa a



UNA EXTRAÑA MATERNIDAD:  
MADAME FRANCINET EN LOS "LOS BUENOS SERVICIOS"

interiorizar la sensación de inferioridad. Ella se ríe de sí misma por casi haberle ofrecido té a madame como si ella le estuviera haciendo una visita social. A veces, admite, se olvida de a quién le está hablando, "porque en mi casa no soy criada de nadie o porque me parece que todavía vivo en nuestro pabellón de tres piezas" (195). Dar órdenes al gato le permite ejercer autoridad, como si ella fuera una *grande dame*: "a fuerza de retar al pobre Minouche... me parece que yo también soy una señora como madame Rosay" (195). El deseo de madame Francinet de imaginarse a sí misma como una igual a madame Rosay demuestra su anhelo de respetabilidad.

Sin embargo, cuando madame Francinet llega a la casa de los Rosay y es recibida por el arrogante mayordomo quien la reprende por no haber usado la puerta del servicio, inmediatamente recuerda cuál es su lugar. Sus comentarios con respecto al tamaño y la lujosa decoración de la residencia de los Rosay hacen ver claramente que ella sabe que está fuera de su ámbito social: "departamento grandísimo... qué cocina... tan lujosa y reluciente" (196), y está asombrada al descubrir que hay un cuarto especial para los perros. De cualquier modo, ella mantiene su sentido del decoro, expresando su desaprobación acerca de mantener perros en un apartamento: "en mis tiempos, los perros vivían en las perreras" (199). Madame Rosay la contrató bajo la pretensión de que ella ayudaría en la cocina, así que a madame Francinet no le parece correcto que sea asignada a la denigrante tarea de cuidar los perros durante la fiesta. Ella pregunta si "ese señor de patillas" (el mayordomo) no puede cuidar los perros, y luego afirma, "Bueno, si no es él, cualquiera. No entiendo por qué yo..." (199).

Una vez que madame Francinet es conducida al cuarto de los perros, no cabe duda de que los malcriados animales son inconmensurablemente más importantes que ella en esta casa. Las mujeres de la familia hacen una demostración inequívoca del hecho que los perros son miembros estimados de la familia mientras que ella es una insignificante sirvienta. Primero, la señora Rosay llega con sus queridos perros, elogiándolos con la terminología normalmente reservada para los hijos: "mis tesoros. Son deliciosos... Tendrá que vigilar mucho a la Petite, es una pomerania de ojos preciosos... ¡Pobre tesoro, tan mimosa! ...Ya verá usted...lo inteligentes que son" (197). Luego, llega la señorita Lucienne a confiar su amado Fido al cuidado de madame Francinet; ella gasta mucho tiempo besando y acariciando al perro y apenas si se digna mirar a quien lo va a cuidar. Al notar que hay tazones de deliciosa carne para los perros y que cada uno tiene su propio colchón, la humilde mujer ansía su alimento y anhela acostarse en uno de sus colchones. Sin embargo, madame Francinet no se intimida. A pesar de la insistencia de Lucienne para que ella tenga a Fido, se niega a seguir las ridículas instrucciones, dejando claro que no comparte el amor de las mujeres por los animales: "Naturalmente apenas la puerta estuvo cerrada yo solté al asqueroso pequinés" (199).

Además de tratarla como si fuera inferior a los perros, las personas de la casa, inclusive los otros sirvientes, muestran su indiferencia hacia



madame Francinet al ni siquiera mirarla, o reconocer su presencia, como si ella no fuera nadie. Después de que la mayor parte de los huéspedes se han ido y que a madame Francinet se le permite finalmente salir del salón de los perros, permanece en la cocina, cansada y hambrienta, esperando que le paguen para poder partir. Pero los otros sirvientes están ocupados dando chupadas a las botellas de licor de los Rosay mientras los señores de la casa se divierten con los huéspedes restantes, y nadie parece advertirla.

En vista de la humillación y el ultraje a que es forzada por parte de virtualmente toda las personas en la residencia Rosay, el hecho de que Bébé le dedique unos pocos minutos de su tiempo, constituye algo especialmente significativo. Como el lector descubrirá más adelante, Bébé está alejado de su familia y quizás debido a este vacío, busca una conexión con la vieja sirvienta, tratándola como lo haría con una madre querida. Su necesidad de establecer vínculos auténticos con otras personas coincide con el anhelo de madame Francinet de sentirse valorada y apreciada. Precedido por grandes carcajadas, Bébé aparece en la cocina. Madame Francinet lo describe con detalle, impresionada por su apariencia inusitada y conmovida por su amabilidad:

Era rubio, muy pálido, y estaba vestido de blanco...en pleno invierno... sonriendo con un aire de fatiga y casi de aburrimiento. Me daba lástima ver lo pálido que era. [...] Era tan simpático que no me producía ningún temor. Más bien el deseo de serle útil, de tener alguna atención con él. [...] Tenía unos dientes perfectos, y las manos más blancas que he visto en un hombre. (202)

De lo que madame Francinet es completamente inconsciente, pero que su detallada descripción hace evidente al lector, es la homosexualidad de Bébé. La exagerada apariencia física de Bébé, sus toqueteos juguetones con Loulou y Nina (hombres a quienes les son dados nombres de mujer, al igual que Bébé) y los arrebatos de celos entre los hombres sirven como indicadores de su orientación sexual. El contacto visual entre él y monsieur Rosay sugiere que este último tiene también una relación íntima con Bébé. La atención del joven es atraída por la humilde vieja, primero por compasión y luego por fascinación. Cuando Bébé pregunta “¿Por qué ha estado llorando, madame Francinet?”, él es la primera persona en toda la velada que se preocupa por cómo se siente ella. Después de rociar a su amigo Loulou con champaña, Bébé lo saca de la cocina y presta completa atención a madame Francinet: “Pobre madame Francinet –dijo, tocándome la cabeza muy suavemente–. La han dejado sola, y seguramente no le han dado nada de beber” (203). Este despliegue físico de cariño, una libertad que se toma Bébé cuando le acaricia la cabeza, es algo que madame Francinet recordará cariñosamente una y otra vez. Cuando ella dice que aguarda el permiso para salir, su humildad aparentemente lo toca, porque él se sienta con ella y dice “Madame Francinet, vamos a beber juntos.” El se maravilla de su respuesta:



UNA EXTRAÑA MATERNIDAD:  
MADAME FRANCINET EN LOS "LOS BUENOS SERVICIOS"

"Dios mío, señor dije, asustada. Fuera del vino, y los sábados un pequeño pernod en lo de Gustave, no sé lo que es beber." (203). Obviamente su discurso sencillo y sus maneras anticuadas, que contrastan profundamente con el festejo desenfrenado de una decadente burguesía, lo encantan y fascinan: "me miraba encantado" (203). La manera en que Bébé habla con madame Francinet cuando le invita a beber el whisky revela que él busca una conexión afectiva con ella:

—Con usted es un placer, madame Francinet —decía— Por suerte no es joven, con usted se puede ser amigo... no hay más que mirarla para ver que es buena, como una tía de provincia, alguien que uno puede mimar, y que lo puede mimar a uno, pero sin peligro, sin peligro... Vea, por ejemplo Nina tiene una tía en el Poitou que le manda pollos, canastas de legumbres y hasta miel... ¿No es admirable? ...la tía de Nina vive lejos, y no hace más que mandar pollos. No hay peligro de historias de familia. (203)

La mención de Bébé de cariño mutuo sugiere una relación amorosa madre-hijo, pero él desvía el parentesco al de tía, porque considera el concepto de madre demasiado íntimo para involucrarse con una mujer que acaba de conocer. Envidia a su amigo Nina porque tiene lo que le hace falta, una figura maternal en su vida, que le cuida sin dominarlo. La alusión de Bébé "peligros de historias de familia" cobra significado cuando nos damos cuenta que no tiene nada que ver con su propia familia.

Madame Francinet, en su terrible necesidad de atención, siente una afinidad hacia el amable y sonriente joven: "Me encantaba mirar a monsieur Bébé, oír su risa... Y a él le gustaba que yo lo mirara... no hacía más que sonreír y beber, mirándome todo el tiempo" (203-204). Aunque ella piensa que la razón por la que él pasa tiempo en la cocina con una vieja como ella, es porque está muy borracho, ella nota que de todos modos, "monsieur Bébé era el único que me estaba acompañando, el único que me había dado una bebida y me había acariciado la cabeza...Por eso me sentía tan contenta con monsieur Bébé." Dos almas perdidas, buscando ambas desesperadamente vínculos familiares, se conectan por un breve, pero agradable momento.

Su encuentro tiene un fin brusco cuando los Rosay aparecen en la cocina y advierten que madame Francinet todavía está allí. Cuando monsieur Rosay se da cuenta de que Bébé le ha dado whisky, hace un gesto de indignación y Bébé se ríe a carcajadas. Así, el estatus de madame Francinet como la más humilde de las sirvientas a quien se le asigna el degradante papel de ser encerrada en un cuarto con los perros mientras los otros sirvientes interactúan con los huéspedes de la fiesta, alterna con el tratamiento de madre querida y amada que le da uno de ellos. Irónicamente, los Rosay, ignorantes de esta interacción mutuamente satisfactoria entre la vieja criada y su amigo, son quienes la rompen, solo para reintegrar



oficialmente a madame Francinet como la madre de Bébé a raíz de su muerte.

Mientras que la visita de madame Rosay a la casa de madame Francinet inicia la humillación de ésta por parte de la familia Rosay, la visita del señor Rosay a solicitud de su esposa dará comienzo exactamente a lo contrario: un nuevo estatus y respeto para la viuda. La tarea que restaurará su sentido de dignidad proviene de la percepción de los Rosay de que el difunto Bébé necesita una madre, junto con la sensación de que madame Francinet les servirá para este propósito. El señor Rosay indica que ha venido en una misión delicada, explicando que uno de sus amigos, cambiando rápidamente la palabra "amigo" por "conocido" para establecer distancia con el personaje gay, ha fallecido en circunstancias excepcionales. Continúa, dando razones por las que se necesita una mujer para hacer el papel de madre afligida en el funeral de este "modista muy conocido": "vivía solo, es decir, alejado de su familia, ¿comprende usted? No tenía a nadie." Sin la presencia de los apenados miembros de la familia, el ritual "no tendría la importancia necesaria... ni traduciría la consternación... que ha producido su pérdida" (206). El alejamiento de Bébé de su familia, quizás debido a su estilo de vida, explica su deseo de encontrar una madre en la vieja sirvienta la noche de la fiesta.

La adopción del papel maternal de madame Francinet se consolida en etapas sucesivas. Monsieur Rosay sugiere primero que actúe "en calidad de parenta cercana del muerto... digamos una tía," y a continuación transforma cuidadosamente su papel en el de madre: "y hasta me atrevería a sugerir... digamos la madre del difunto.... que acompañaría a su hijo hasta la tumba" (206). Resulta curioso el que tanto monsieur Rosay como Bébé empiezan imaginándola como una tía, aunque solo monsieur Rosay eleva la relación a la categoría madre-hijo, el vínculo que Bébé aparentemente buscó en madame Francinet, pero que nunca expresó.

Mujer de principios, madame Francinet se da cuenta de que lo que está haciendo no es correcto, pero es capaz de racionalizar por qué acepta el trabajo. Primero repite la explicación de monsieur Rosay, utilizando sus propias palabras, que sin la madre el ritual no tendría la importancia necesaria ni la sensación de pena producida por la pérdida. Luego menciona el acuerdo financiero, comparando los 10.000 francos que le pagarán por una tarde con los 3.000 francos que gana mensualmente trabajando duro en la casa de madame Beauchamp. La razón para aceptar el trabajo es comparable al mezquino interés de los Rosay al contratar a madame Francinet para llevar acabo el engaño (luego nos damos cuenta que monsieur Rosay se quedará con la casa de modas de Linard).

La identidad de Madame Francinet como madre es creada mediante una elección cuidadosa de palabras: el concepto de fingir o hacer el papel se suprime y repetidamente se afirma que ella *es* la madre, y él *es* su hijo. Por ejemplo monsieur Rosay propone que ella sea "la madre del difunto.... que acompañaría a su hijo hasta la tumba" (206). Entonces madame Francinet





UNA EXTRAÑA MATERNIDAD:  
MADAME FRANCINET EN LOS "LOS BUENOS SERVICIOS"

articula sus respectivas nuevas identidades: "ese señor que iba a ser mi hijo"... "La anciana madre era yo" (207), "Vi al muerto que era mi hijo" (208).

Sus fingidos lamentos se transforman en pena sincera una vez ella ve al hombre muerto y se da cuenta de que él es el joven guapo que la trató con tanta consideración. Madame Francinet es capaz de interpretar su extraño papel de manera natural debido a que él la trató como a una madre querida durante esos pocos minutos después de la fiesta: "Sin darme cuenta, lo juro, me había puesto a llorar de veras... acordándome de cómo monsieur Bébé me había acariciado la cabeza la noche de la fiesta, y me había llenado el vaso de whisky, hablando conmigo y ocupándose de mí mientras los otros se divertían" (208-209). Una indicación de su sentimiento sincero para Bébé se manifiesta en su confrontación con su amigo Loulou, cuando compiten por quién quería más a Bébé: "los dos queríamos a monsieur Bébé, y casi nos desafiábamos a cada lado de la cama" (209). Además, ella sorprende a monsieur Rosay insistiendo en velar al muerto toda la noche.

¿Qué fantasías convergen sobre el cadáver de Bébé? ¿Qué poder adquiere madame Francinet con su muerte? Su ascenso al rango de acongojada madre del famoso diseñador le da la posición, la dignidad, la atención y el respeto que ella anhela, pero que le ha sido negado toda su vida. Al entrar en la casa donde estará llorando a su "hijo," presente inmediatamente su nueva posición social por el lujo del ambiente, notando "las alfombras tan mullidas" y el "grandísimo salón con arañas de caireles" (208). La percepción de su trágica pérdida despierta una inmensa conmiseración hacia ella: "había algunos señores que me miraban con mucha compasión y simpatía" (208), y es colmada de calor humano y sincero pesar: "señores muy elegantes... me daban el pésame y me estrechaban la mano con mucho sentimiento [...] La señora joven me acarició varias veces las manos y me dijo que nadie olvidaría nunca a monsieur Linard" (212). Se deleita con toda esta atención, sin importarle que esté basada en meras pretensiones. Se percata de que su prestigio como madre ha mejorado y siente el orgullo maternal cuando una elegante dama le confirma el talento y la reputación de su "hijo": "dijo que monsieur Linard había sido un gran artista y que su muerte era una desgracia irreparable. Yo decía a todo que sí, y lloraba de veras aunque estuviese fingiendo todo el tiempo, pero me emocionaba pensar en monsieur Bébé ahí dentro tan hermoso y tan bueno, y en lo gran artista que había sido" (212). Bébé tiene doble nombre y doble identidad: madame Francinet se hace amiga de la loca, el borracho parrandero con nombre de mujer, pero se convierte en la madre de monsieur Linard, el respetado diseñador de modas cuya pérdida es lamentada por elegantes personas de la alta sociedad.

La peculiaridad de la maternidad de madame Francinet nace de la grotesca e incluso extrañamente conmovedora imagen de su papel como madre impostora. Aunque ella ha logrado una efímera nueva posición social, y el cariño sincero hacia su nuevo hijo le proporciona una sensación



de calor humano y realización, en realidad ella es una víctima del egoísmo de los Rosay quienes manipulan su pobreza, su ingenuidad, su soledad y su anhelo de reconocimiento. A pesar de que ella pueda pensar que este papel le ha sido asignado debido al aprecio de los Rosay por Bébé, realmente es en beneficio de la reputación y provecho financiero de monsieur Rosay. En su papel de madre, ni siquiera se le permite expresar libremente su amor por Bébé: monsieur Rosay mantiene estricto control de sus movimientos, apretándole su brazo tan fuertemente que la lastima cuando quiere apartarla del ataúd, y no le permite besar la frente de su “hijo” antes de que el ataúd sea cerrado. Lo más patético de todo es que madame Francinet no llega a ser madre sino hasta después de que su hijo está muerto, y lo peor, *porque* está muerto. Cuando monsieur Rosay dice “era hora de despedir a mi hijo” (212), esto pone de relieve que se le ha dado esta relación solo para quitársela nuevamente. Igualmente patético es el caso de Bébé, quien tuvo que morir para recibir el amor materno que buscó en una mujer desconocida y humilde.

Pero nada de esto parece importarle a madame Francinet, ya sea porque ella es demasiado inocente para darse cuenta de lo que pasa realmente, o porque está tan desesperada por lograr algo de atención y consideración que no le preocupa la patética manera en que la está consiguiendo. Los Rosay dan en el clavo al hacer a madame Francinet madre de Bébé: dos almas perdidas se encuentran la una a la otra. Una combinación perfecta, la soledad de madame Francinet y su ansia de reconocimiento coinciden con la carencia de una madre cariñosa por parte de Bébé, pues pueden darse el uno al otro lo que necesitan y no tienen. Sus fantasías mutuas se ven realizadas a raíz de la muerte: madame Francinet ve cumplido su sueño de ser una mujer burguesa respetada gracias a su nuevo hijo, mientras que Bébé es prodigado del amor de una madre sencilla, tolerante y de buen corazón. Por último, más allá del asunto de las grotescas manipulaciones de los pretenciosos y codiciosos Rosay, al poner juntos al joven solitario y a la anciana mujer como madre e hijo, el cuento de Cortázar proyecta la necesidad mutua de amor y apego y la importancia de la relación entre madre e hijo.

Finalmente ¿cómo podemos explicar el grupo de cuentos de Cortázar que involucran a madres de hijos muertos en su colecciones de 1959 y 1966? Cortázar tuvo una relación muy cercana pero muy conflictiva con su propia madre. La evidencia señala que Cortázar se sentía indudablemente demasiado apegado a su madre y que luchó por establecer su independencia emocional de ella.<sup>5</sup> Cuando se exilió en Francia en 1951, sufrió punzadas de culpa por abandonar a su madre. El agudo sentimiento de culpa que experimentan los protagonistas de cuentos como “Cartas de mamá” y “El otro cielo” por haber desilusionado a sus madres revela indudablemente cómo Cortázar luchaba con sus propios sentimientos. En *Salvo el crepúsculo*, Cortázar aborda este asunto en tono lírico. Inmediatamente después de describir su partida de Buenos Aires, en el poema “La madre” él



UNA EXTRAÑA MATERNIDAD:  
MADAME FRANCINET EN LOS "LOS BUENOS SERVICIOS"

expresa su sentimiento de dolor profundo al no poder cumplir los sueños que su madre tenía para él:

Delante de ti me veo... el pedazo desprendido de tu sueño, la esperanza boca abajo y cubierta de vómitos.... Eres una columna de ceniza (yo te quemé)... [N]o puedo ser... el hijo verdadero y a medida de la madre, el buen pingüino rosa yendo y viniendo y tan valiente hasta el final, la forma que me diste en tu deseo: honrado, cariñoso, jubilable, diplomado. (329-330)

Las fuertes imágenes del poema (el hijo que se describe como la esperanza de su madre, tirado boca abajo y cubierto de vómito y la madre como una columna de ceniza quemada por él) transmiten el profundo remordimiento del poeta por no haber satisfecho las esperanzas de su madre.

Se puede especular que a través de los cuatro cuentos que involucran a madres lidiando con la muerte de un hijo ("Los buenos servicios," "Cartas de mamá," "La salud de los enfermos" y "La señorita Cora") Cortázar está luchando con su culpa por desilusionar y abandonar a su madre cuando se exilió en Francia. Puede considerarse que estos cuentos reflejan su sentimiento de culpa debido a su ausencia, representando al hijo como si hubiese muerto para su madre.

Cada cuento presenta una variación del tema del "hijo muerto", así como el poder de la muerte se manifiesta de maneras diferentes. Ambos "La señorita Cora" y "Cartas de mamá" tratan de la venganza. En "Cartas" mamá utiliza el poder que le da la muerte de Nico, del cual ella se apropia con solo mencionar su nombre, para castigar a Luis. "La señorita Cora" presenta la otra cara de la moneda en el sentido de que aquí el hijo, Pablo, utiliza el poder de su propia muerte para castigar a la atrayente aunque provocativa y traicionera figura materna que él encuentra en Cora. Pero la madre en "La salud de los enfermos," aunque es tan dominante como Cora y la madre de Luis, utiliza su fingida ignorancia con respecto a la muerte de Alejandro para proteger a su familia de una agobiante sensación de pérdida, demostrando el amor y el sacrificio personal que se espera de las madres en una sociedad tradicional.

Madame Francinet contrasta con la señorita Cora y con la madre de Luis. Ella no puede ser culpada por nada en relación con su "hijo". Ella no es la madre que juzgó y rechazó a Bébé, ni tuvo jamás la oportunidad de dominarlo o controlarlo. Ella ni siquiera pidió ser su madre: ella fue escogida en dos ocasiones, y con gusto lo aceptó como hijo ambas veces. Ella despierta la compasión como inocente y dolorida madre. Ella y su hijo son víctimas de las convenciones sociales y son los manipulados por los codiciosos Rosay. En cierta medida, madame Francinet es semejante a la madre en "La salud de los enfermos" porque exhibe los mismos valores culturales relacionados con la maternidad: el amor y la aceptación incondicional. Pero en contraste con la astuta mamá en "Salud" que aprende



del engaño y sabe exactamente lo que pasa, y cuya fuerza admiramos, el amor sin condiciones de madame Francinet nace del hecho de que ella es demasiado ignorante e ingenua para darse cuenta de que algo hay algo inusual con respecto al hijo, y lo único que podemos sentir es compasión por esta patética vieja impostora cuya maternidad momentánea está basada en sus debilidades y frustraciones. "Los buenos servicios", la más extraña concepción de Cortázar de la relación madre-hijo, dramatiza la eterna y a veces desesperadamente lastimosa necesidad de amor y sentido de pertenencia.

*Traducido por Alberto Delgado*



**Notas:**

- <sup>1</sup> Artículos de Borello y Gyurko.
- <sup>2</sup> Para un análisis más profundo del papel de la madre en la construcción de la problemática identidad nacional de Cortázar en estos cuentos, consúltese el capítulo seis, "Eurídice, Argentina: Women and the Guilty Expatriate," páginas 109-140 de mi libro, *Mothers, Lovers, and Others*. Para un análisis de su atracción sexual hacia una figura materna, consúltese el capítulo cuatro, "Mothers and Lovers," páginas 55-81.
- <sup>3</sup> Para un análisis del poder maternal en "Cartas de mamá" y "La salud de los enfermos," consúltese el capítulo tres, "The Omnipotent Mother," páginas 37-54 de *Mothers, Lovers, and Others*. Para un estudio de la relación ambivalente entre la enfermera Cora y su joven admirador, consúltense las páginas 68-73 del mismo libro.
- <sup>4</sup> Todas las citas de "Los buenos servicios" provienen de *Cuentos completos*/ 1.
- <sup>5</sup> Para una discusión sobre la relación de Cortázar con su madre, consúltese *Mothers, Lovers, and Others*, capítulo dos, "The Personal and Cultural Context," páginas 21-25.



UNA EXTRAÑA MATERNIDAD:  
MADAME FRANCINET EN LOS "LOS BUENOS SERVICIOS"

**Referencias Bibliográficas:**

- Rodolfo A. Borello. "Los buenos servicios' o la ambigüedad de las vidas ajenas". *Estudios sobre los cuentos de Julio Cortázar*. Ed. David Lagmanovich. Barcelona: Hispam, 1975. 41-57.
- Elisabeth Bronfen y Sarah Webster Goodwin. Introducción a *Death and Representation*. Eds. Sarah Webster Goodwin y Elisabeth Bronfen. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1993. 3-25.
- Julio Cortázar. *Cuentos completos/ 1 y 2*. Madrid: Alfaguara, 1994.
- Julio Cortázar. *Salvo el crepúsculo*. Madrid: Alfaguara, 1994.
- Lanin A. Gyurko. "Ingenuousness and Deceit in Cortázar's 'Los buenos servicios'". *Studies in Short Fiction* 10 (1973): 253-261.
- Ana Hernández del Castillo. *Keats, Poe, and the Shaping of Cortázar's Mythopoesis*. Amsterdam: John Benjamins, 1981.
- René Prieto. *Body of Writing. Figuring Desire in Spanish American Literature*. Durham, NC: Duke UP, 2000.
- René Prieto. "Cortázar's Closet." *Julio Cortázar New Readings*. Ed. Carlos J. Alonso. New York: Cambridge UP, 1998. 76-88.
- Cynthia Schmidt-Cruz. *Mothers, Lovers, and Others: The Short Stories of Julio Cortázar*. Albany: State University of New York Press, 2004.

